

## H. BERGSON: MENTE Y CEREBRO

*Jesús Pardo Martínez*

**Abstract:** The brain neither produce and contain objective images nor subjective memories. It merely selects them aiming to the action. It is the instrument of our relationship with the world.

**Keywords:** action, brain, perception, memory, space, duration

**H.** Bergson sostiene que el cerebro no produce ni contiene representaciones y que su función consiste meramente en seleccionar imágenes y recuerdos útiles a la acción del cuerpo. Los argumentos y pruebas de carácter científico-experimental en apoyo de esta tesis se encuentran en los dos primeros capítulos de «Materia y memoria».<sup>1</sup> El primero trata de la percepción y el segundo de la relación de la memoria y el cerebro. De los dos expondré su contenido esencial. Completa el tercero la teoría de la memoria en la forma de una psicología general, mientras que el cuarto y último propone una solución al problema del dualismo a la luz de la metafísica de la duración del que también haré para terminar una breve reseña.

### I. EL CAPÍTULO PRIMERO: «DE LA SELECCIÓN DE LAS IMÁGENES PARA LA REPRESENTACIÓN. EL PAPEL DEL CUERPO»

Es, como bien dice Fréderich Worms,<sup>2</sup> una investigación acerca de lo que une y de lo que separa nuestro conocimiento y la realidad, del acuerdo o de la diferencia entre las cosas y nuestras representaciones, una teoría del conocimiento en suma. Es una hipótesis acerca del papel objetivo del cuerpo, precisamente del cerebro, como instrumento de selección y análisis de los objetos que le rodean haciendo que éstos exhiban sólo aquello que responde a sus necesidades. Y en esto consiste propiamente la percepción cuya finalidad es, por tanto, no especulativa y desinteresada sino práctica, al servicio de la acción del propio cuerpo sobre los demás cuerpos. En la medida en que los objetos en general pueden ser considerados como virtualmente perceptibles, Bergson los denomina imágenes. Las imágenes no están en el cerebro sino el objeto, como partes de él, y consiguientemente es en el objeto donde el sujeto las percibe:

«He supuesto que el papel de la imagen que llamo mi cuerpo era el de ejercer sobre las demás imágenes una influencia real, y por consiguiente decidirse entre varias iniciativas materialmente posibles. Y puesto que le son sin duda sugeridas por la mayor o menor ventaja que pueda obtener de las imágenes que le rodean, preciso es que esas

---

<sup>1</sup> H Bergson «Matière et mémoire». Oeuvres. Édition du centenaire.

<sup>2</sup> Worms F. «Introducción à Matière et mémoire de Bergson» P.U.F. 2007. Obra que me ha sido de gran ayuda.

imágenes dibujen en cierto modo, sobre la faz que presentan a mi cuerpo, la ventaja que podría obtener... le envían, a semejanza de un espejo, su eventual influencia... Los objetos que rodean mi cuerpo reflejan su acción posible sobre ellos».<sup>3</sup>

Ahora bien, la correspondencia entre la actividad cerebral y la percepción nos induce a creer que ésta es interna al cuerpo, que se localiza en el cerebro. En este primer capítulo Bergson se limita a denunciar la insostenibilidad teórica de esta tesis en espera de poner de manifiesto en el capítulo siguiente, sobre la base de datos experimentales pertenecientes a la patología de la memoria, las afasias concretamente, que el cerebro no puede contener recuerdos y que por tanto tampoco es admisible que pueda contener percepciones:

«no hay por qué mostrar extrañeza si todo acontece como si la percepción fuera un resultado de los movimientos internos del cerebro y surgiera, en cierto modo, de los centros corticales. Lo cual es de todo punto imposible, porque el cerebro es una imagen como las demás imágenes, incluida en el conjunto de todas ellas, y sería por tanto absurdo afirmar que el continente surgiera del contenido. Mas como quiera que la estructura del cerebro ofrece el plano minucioso de los movimientos puestos a nuestra disposición y entre los cuales podemos elegir, como, por otra parte, la porción de las imágenes exteriores que parece volver sobre sí misma, a modo de reflejo, para constituir la percepción, diseña todos los puntos del universo sobre los que dichos movimientos podrían hacer presa, percepción y modificación cerebral se corresponden rigurosamente. La dependencia recíproca de ambos términos se debe simplemente al hecho de que uno y otro están en función de un tercero, la indeterminación del querer».<sup>4</sup>

«¿cómo mi cuerpo en general, mi sistema nervioso en particular, engendrarían toda o parte de mi representación del universo? Digamos que el cuerpo es materia o digamos que es imagen, poco importa la palabra. Si es materia, forma parte del mundo material, y el mundo material por consiguiente, existe en torno a él y fuera de él. Si es imagen, esta imagen no dará de sí más que lo que en ella hemos puesto, y puesto que, por hipótesis, sólo es la imagen de mi cuerpo, sería absurdo querer extraer de ella la imagen del universo entero. Mi cuerpo, objeto destinado a mover objetos, es pues un centro de acción; no podría hacer nacer una representación».<sup>5</sup>

Esta teoría de la percepción se denomina «Teoría de la percepción pura» porque hace abstracción de la memoria que sin embargo, en la práctica, como enseguida veremos, se mezcla constantemente a ella. La percepción (objetiva), libre de la memoria (subjetiva), nos pone directamente en contacto con la materia, nos proporciona un conocimiento inmediato de ella, lo que nos permite superar la antinomia realismo-idealismo y hacer frente a las objeciones que suscita la relatividad y subjetividad de las sensaciones a partir de las cuales, supuestamente, se formarían las imágenes.

Las doctrinas opuestas del realismo y del idealismo surgen en efecto como respuesta al problema planteado por la necesidad de conciliar la diferencia entre cosa y representación entendida no como una diferencia entre el todo y la parte, como propone Bergson, (sólo una diferencia de grado y no de naturaleza existe entre ser y ser percibido) sino como una diferencia entre realidades distintas. No como una distinción horizontal en un mismo nivel de realidad sino como una distinción entre dos realidades distintas: el objeto y su representación

<sup>3</sup> Matière et mémoire. P.172.

<sup>4</sup> Ibid. P.190-191.

<sup>5</sup> Ibid. P.171-172.

en la conciencia. La dificultad desaparece si suponemos que sólo existe una realidad, las imágenes-objeto, aunque estructurada según dos sistemas diferentes: el de la ciencia, en el que las imágenes interactúan necesariamente según las leyes constantes de la naturaleza. Y el de la percepción, en el que cambian en función de una de ellas, el propio cuerpo, en la medida en que éste puede actuar, no necesaria sino espontáneamente, produciendo el discernimiento o selección en que propiamente consiste la percepción. Es lo que permite comprender que haya imágenes para el cuerpo sin necesidad de que estén en el cuerpo, como reproducciones en él, en el cerebro, de la realidad percibida.

## II. EL CAPÍTULO SEGUNDO: «DEL RECONOCIMIENTO DE LAS IMÁGENES: LA MEMORIA Y EL CEREBRO»

«Enunciemos las consecuencias que se siguen de nuestros principios para la teoría de la memoria... El cuerpo, interpuesto entre los objetos que actúan sobre él y aquellos que influye, no es más que un conductor, encargado de recibir movimientos, y de transmitirlos, si es que no los inhibe, a ciertos mecanismos motores... Todo debe pues suceder como si una memoria independiente recogiera imágenes a lo largo del tiempo a medida que se producen... Es, por tanto, en forma de dispositivos motores, y de dispositivos motores solamente, como el cuerpo puede almacenar la acción del pasado. De donde resultaría que las imágenes pasadas propiamente dichas se conservarían de otra manera y que, por consiguiente, debemos formular esta hipótesis: el pasado se conserva bajo dos formas diferentes: en forma de mecanismos motores y en forma de recuerdos independientes».<sup>6</sup>

De esta manera introduce Bergson al principio del capítulo el tema de las relaciones entre la memoria y el cerebro que desarrollará en tres partes. En la primera distinguirá dos clases de memoria de diferente naturaleza: corporal una, independiente del cuerpo la otra. Y lo hará mediante un ejemplo: el aprendizaje de una lección. A continuación verificará su existencia en el acto de memoria por excelencia, el del reconocimiento, poniendo de relieve el papel fundamental e indispensable del cerebro. Finalmente, en la tercera, mostrará la convergencia o unión funcional de ambas en lo que llamará el reconocimiento completo o atento, diferente del meramente automático o habitual. El examen de determinados hechos patológicos en los que ambas memorias aparecen disociadas le proporcionará la base experimental necesaria para dotar de validez a su teoría.

El aprendizaje de una lección muestra dos características o dimensiones diferentes. Es en primer lugar la adquisición de un recuerdo, de un saber objetivo: la lección por fin aprendida. Pero en el proceso de adquisición de este resultado se genera una multiplicidad de recuerdos, cada una de las lecturas, que constituyen acontecimientos singulares e irrepetibles de mi propia vida. Bergson pone el máximo empeño en distinguir este doble sentido de la palabra recuerdo. En primer lugar, considerando el diferente modo de adquisición que permite comprender que la lección una vez aprendida se convierta en un hábito, similar a los demás hábitos del cuerpo. Y en segundo lugar atendiendo al modo de reproducción que aún hace más evidente la profunda diferencia existente entre ambos:

«el recuerdo de tal lectura determinada es una representación y sólo eso y constituye el contenido de una intuición del espíritu que puedo alargar o reducir según me plazca... Por el contrario el recuerdo de una lección aprendida... exige un tiempo bien determinado, el mismo que se precisa para desarrollar uno a uno, en imaginación al

---

<sup>6</sup> *Ibid.* P. 223-224.

menos, todos los movimientos de articulación necesarios para su reproducción: no es una representación (más o menos amplia según mi voluntad), es una acción.<sup>7</sup>

De la oposición entre estas dos memorias, establecida a partir de sus respectivos mecanismos de adquisición y de reproducción, infiere Bergson también la diferencia entre su significación objetiva y su función práctica: las imágenes-recuerdo constituyen una experiencia individual y subjetiva. Su actualización, su puesta en práctica, será representativa e intelectual en sentido propio. En cambio los mecanismos montados sobre el cuerpo constituyen una experiencia meramente pragmática.

Pasemos ahora al segundo punto: la distinción de ambas memorias en el acto del reconocimiento que Bergson titula así: *Del reconocimiento en general: imágenes-recuerdos y movimientos*. Comienza denunciando la concepción asociacionista que califica de excesivamente simplificadora. Según esta teoría el reconocimiento se reduciría a una mera asociación entre una percepción y un recuerdo. En realidad se trata de un fenómeno mucho más complejo y diferenciado. Hay una primera clase de reconocimiento que tiene como base, si no sólo, sí al menos fundamentalmente, al cuerpo. Bergson la denomina reconocimiento automático o por distracción. Pero hay una segunda que requerirá algo más que la acción del cuerpo. Consistirá en una inserción regular de recuerdos en las percepciones. Pero no como pretende el asociacionismo: la percepción en busca del recuerdo, sino al contrario, el recuerdo situándose sobre la percepción como medio de profundización y análisis del objeto.<sup>8</sup>

Veamos, pues, en primer lugar en qué consiste el reconocimiento habitual, automático o por distracción, como dice Bergson. Es un reconocimiento en el que las imágenes-recuerdo, aún estando de alguna manera presentes (luego veremos cómo) no juegan el papel principal. Un ejemplo, referido no precisamente al hombre sino al animal, le sirve a Bergson para subrayar la naturaleza básicamente corporal de esta clase de memoria:

«cuando el perro acoge a su amo con caricias y ladridos alegres, sin duda lo reconoce; pero ¿implica este reconocimiento la evocación de una imagen pasada y la asociación de tal imagen con la percepción presente? ¿No consiste más bien en la conciencia que toma el animal de una cierta actitud especial adoptada por su cuerpo, actitud que las relaciones familiares con su amo le han ido componiendo poco a poco y que la simple percepción de éste provoca mecánicamente en él?»<sup>9</sup>

Pero la prueba experimental de que un reconocimiento en ausencia de recuerdos es posible nos la ofrece la patología:

«en el caso estudiado por Charcot de un eclipse completo de imágenes visuales, el reconocimiento no había desaparecido del todo...el sujeto ya no reconocía las calles de su ciudad; sin embargo sabía que se trataba de calles y que lo que veía eran casas; ya no podía reconocer a su mujer y a sus hijos; podía decir no obstante que se trataba de una mujer y de unos niños».<sup>10</sup>

<sup>7</sup> *Ibid.* 226.

<sup>8</sup> Bergson hace de esta operación el principio mismo del conocimiento intelectual propiamente dicho que desarrollará en el capítulo siguiente en la forma de una psicología general basada precisamente en la memoria.

<sup>9</sup> *Ibid.* P.228.

<sup>10</sup> *Ibid.* P.238.

Pero, a la inversa, hay también casos en los que el reconocimiento ya no es posible, sin que por ello la memoria visual haya sido abolida. En estos últimos lo que ha resultado dañado es una memoria motriz de la que da dos ejemplos: la pérdida del sentido de la orientación (el no poder ya reaccionar útilmente ante los objetos en torno, el no poder, por ejemplo moverse ordenadamente en la propia habitación o en las calles de la ciudad que el enfermo desde hace tiempo habita) y la pérdida de la capacidad de diseñar el contorno de los objetos, la tendencia motriz a reproducir de un solo trazo su esquema.

Esta idea de una tendencia motriz subsecuente a la percepción es fundamental en la argumentación de Bergson. Reconocemos prácticamente un objeto, y somos por tanto capaces de servirnos de él, gracias a la puesta en funcionamiento, a la conciencia meramente corporal, podríamos decir, del esquema que se forma a partir de los movimientos que siguen automáticamente a la percepción a medida que ésta se repite, hasta llegar a constituir un hábito. (Recordemos el ejemplo del perro). Si debido a una lesión cerebral se rompe la unión entre la percepción y el esquema motor subsiguiente, el reconocimiento se hace imposible. El papel del cuerpo, del cerebro en donde precisamente reside el esquema, es por consiguiente esencial.

Pasemos ahora a la otra modalidad del reconocimiento: el reconocimiento atento. En él las imágenes, los recuerdos propiamente dichos, van a pasar al primer plano. Esto no significa que estén totalmente ausentes del conocimiento automático, al contrario: los esquemas que continúan la percepción son como formas o cuadros en los que pueden alojarse determinados recuerdos que guardan con aquellos una similitud de estructura. Lo que determina la diferencia entre el reconocimiento automático o por distracción y el que ahora nos ocupa es la extraordinaria importancia que las imágenes-recuerdo tienen en él, al insertarse en el esquema motor de forma regular y consciente y no por azar e involuntariamente como en el anterior. Nuestra memoria dirige consciente y voluntariamente sobre la percepción las antiguas imágenes que se le parecen, imágenes de las que nuestros movimientos han trazado ya el esquema. Bergson precisa que son movimientos que no se limitan a continuar simplemente la percepción, como es el caso tratándose del reconocimiento no atento:

«son movimientos mas sutiles...que tienen la función de repasar sobre el contorno de los objetos percibidos». (La memoria) «crea así de nuevo la percepción presente, o mas bien dobla esta percepción reenviándole o su propia imagen o alguna otra imagen-recuerdo del mismo género. Si la imagen retenida o rememorada no alcanza a recubrir todos los detalles de la imagen percibida, una llamada es lanzada a regiones más profundas y alejadas de la memoria, hasta que otros detalles conocidos vienen a proyectarse sobre aquellos. La operación puede continuar sin fin, la memoria fortificando y enriqueciendo la percepción la cual, por su parte, cada vez mas desarrollada atrae hacia ella un número creciente de recuerdos complementarios»<sup>11</sup>

Vemos pues como la percepción pura descrita en el primer capítulo se ve suplantada, en primer lugar, por un trabajo de esquematización o de diseño atribuible sólo al cuerpo y a continuación por un enriquecimiento progresivo, procedente del recuerdo puro, de este cuadro formal. Es así como queda definitivamente establecida tanto la diferencia como la convergencia funcional entre las dos memorias: la memoria del cuerpo, que se limita a diseñar estructuras motrices invariables, y la memoria pura que se inserta en ellas, manifestando su singularidad por su profundidad variable y virtualmente indefinida.

---

<sup>11</sup> *Ibid.* P. 246-247.

En ambas, hay que insistir en ello, el esquema motor, el cerebro en definitiva, juega un papel necesariamente mediador. Si bien es cierto que ni los recuerdos subjetivos ni las imágenes objetivas externas están contenidas en él (nos queda aún por examinar la prueba definitiva de Bergson en apoyo de esta tesis) es el instrumento de nuestra relación corporal y mental con el mundo.

Veamos ahora como esta teoría del reconocimiento basada en la colaboración entre las dos memorias puede ser confirmada mediante el examen de un nuevo ejemplo: la distinción entre sonido y sentido en el lenguaje articulado:

«Escuchar la palabra es, en primer lugar, reconocer el sonido, a continuación encontrar el sentido y finalmente llevar más o menos lejos su interpretación: en una palabra pasar por todos los grados de la atención y ejercer varias potencias sucesivas de la memoria. Es el ejemplo más comprensivo de todos»<sup>12</sup>... «Escucho a dos personas que conversan en una lengua desconocida... nada distingo y nada podría repetir. En esta misma masa sonora, en cambio, ambos interlocutores discernen consonantes, vocales y sílabas que apenas se parecen entre sí, y en fin, palabras distintas. ¿Dónde está la diferencia entre ellos y yo?»<sup>13</sup>

Es decir: puesto que la percepción «física» propiamente dicha es la misma en ellos y en mí ¿qué es lo que hay que añadir a ésta para explicar la diferencia? Es el primer problema a resolver. Pero queda naturalmente un segundo: no ya sólo explicar cómo podemos distinguir los sonidos sino cómo somos capaces de captar su significado.

Respecto del primero, cómo se obtiene la percepción distinta de las palabras, Bergson plantea la cuestión siguiente:

«Para que el recuerdo de la palabra se deje evocar por la palabra escuchada, preciso es que al menos el oído la capte. Pero ¿Cómo los sonidos percibidos hablarían a la memoria, como elegirían, en el almacén de las imágenes auditivas, aquellas que deberían posarse sobre ellos, si no han sido ya separados, distinguidos, percibidos en fin como sílabas y como palabras?»<sup>14</sup>

La respuesta es que dicha percepción distinta requiere ciertamente una memoria. Pero ésta no consistirá en un almacenamiento cerebral de recuerdos auditivos sino en:

«una coordinación de las tendencias motrices de los músculos de la voz a las impresiones del oído, un perfeccionamiento del acompañamiento motor».<sup>15</sup>

En definitiva, una memoria del cuerpo. La finalidad de esta memoria es doble: registrar una estructura o esquema que contenga virtualmente el detalle fonético de la palabra escuchada y reproducirla o articularla, una vez alcanzado el necesario nivel de perfeccionamiento, de una manera completa y actual. Bergson aduce ciertas formas de sordera verbal (incapacidad para identificar o reconocer las palabras escuchadas):

«casos de sordera verbal con sobrevivencia integral de los recuerdos acústicos. El enfermo ha conservado intactos tanto el recuerdo auditivo de las palabras como el senti-

<sup>12</sup> *Ibíd.* P. 253.

<sup>13</sup> *Ibíd.* P. 254.

<sup>14</sup> *Ibíd.* P. 254.

<sup>15</sup> *Ibíd.* 255.

do del oído; sin embargo es incapaz de reconocer ninguna de las palabras que oye... el hecho se aclarará si advertimos que la percepción auditiva bruta es verdaderamente la de una continuidad sonora, y que las conexiones senso-motrices establecidas en forma de hábito tienen la función, en el estado normal, de descomponerla: una lesión de tales mecanismos, al hacerla imposible, impediría a los recuerdos auditivos posarse sobre la percepción correspondiente».<sup>16</sup>

O de otra manera dicho: habría una prolongación automática de las impresiones auditivas en mecanismos articulatorios encargados, en primer lugar, de desarticular la percepción en unidades de sonido y de rearticularla después en la pronunciación. Son tales mecanismos cerebrales los que resultarían dañados en determinados casos de la pérdida de la memoria de las palabras y no los recuerdos acústicos propiamente dichos supuestamente almacenados en el cerebro. Hipótesis, como decíamos, pendiente de confirmar y que abordamos ahora al tratar el segundo aspecto de la cuestión: el de cómo llegamos a comprender el sentido de las palabras.

Además de los sonidos escuchados, «masa confusa» a la que el esquema motor proporciona ya una forma, hace falta «una intención de comprender», «una disposición variable según las circunstancias». «Interroguemos a nuestra conciencia, preguntémosle qué ocurre cuando escuchamos la palabra de otro con la intención de comprender. ¿Esperamos pasivamente a que las impresiones vayan al encuentro de sus imágenes? ¿No sentimos más bien que nos situamos en una cierta disposición, variable con el interlocutor, variable con la lengua que habla, con la clase de ideas que expresa y, sobre todo, con el movimiento general de la frase, como si comenzáramos por ajustar el tono de nuestro trabajo intelectual? El esquema motor, siguiendo la curva de su pensamiento, muestra al nuestro el camino: es el recipiente vacío que determina por su forma la forma de la masa fluida que allí se precipita.»<sup>17</sup>

La teoría de la atención, del reconocimiento atento, así de nuevo expuesta, deberá ser por fin confirmada mediante la crítica de las hipótesis neurológicas a las que se ve abocada la teoría opuesta, la teoría asociacionista al uso. Según ésta, los sonidos escuchados se unirían a los recuerdos o imágenes auditivas y estos, finalmente, a las ideas, ocupando cada uno de estos elementos regiones distintas del cerebro. La patología parece en principio confirmar la hipótesis. Bergson se refiere expresamente a la llamada «Ley de Ribot» según la cual desaparecen sucesivamente: los nombres propios, los nombres comunes y, finalmente, los verbos, como si regiones diferentes del cerebro se vaciaran sucesivamente de su contenido.

A esta idea se opone Bergson en la forma de una doble interrogación. Pregunta en primer lugar cómo es posible alcanzar unidades de sentido, necesariamente abstractas, es decir, genéricas (la idea de hombre, de piedra, etc.) a partir de la audición siempre diferente de la materialidad de los sonidos percibidos. Y, en segundo lugar, cómo es posible abstraer, aislar, una palabra de la cadena continua, no ya del sonido, sino del sentido de la frase.

«A menos de suponer en todos los hombres (dice con ironía) voces idénticas pronunciando en el mismo tono las mismas frases estereotipadas no veo cómo las palabras escuchadas irían reunirse con sus imágenes en la corteza cerebral».<sup>18</sup>

La teoría de las localizaciones cerebrales, por otra parte, se ve abocada a la siguiente contradicción:

<sup>16</sup> *Ibid.* 259.

<sup>17</sup> *Ibid.* P. 266.

<sup>18</sup> *Ibid.* 263.

«si la percepción una vez que ha tenido lugar permanece en el cerebro en forma de recuerdo, ha de ser necesariamente como una disposición adquirida por los mismos elementos que la percepción ha impresionado: ¿de qué manera, en qué preciso momento iría a buscar otros?. Sin embargo la patología nos muestra que la totalidad de los recuerdos de un cierto género puede escapárenos permaneciendo intacta la facultad de percepción correspondiente. La ceguera psíquica no impide ver ni la sordera psíquica oír...habrá por tanto que asignar a la percepción y al recuerdo elementos nerviosos distintos. Pero a esta hipótesis se opone la observación psicológica más elemental, puesto que vemos que un recuerdo, a medida que se hace más claro e intenso, tiende a hacerse percepción, sin que haya un momento preciso en el que se opere una transformación radical y que por consiguiente pueda decirse que se produce un tránsito desde los elementos (nerviosos) imaginativos a los sensoriales»<sup>19</sup>

La consecuencia es que no puede haber ni identidad de lugar (la disociación patológica entre percepción y recuerdo sería inexplicable), pero tampoco distinción.

La solución de Bergson a esta antinomia es una hipótesis neurológica de la que no ofrece prueba experimental alguna, contentándose meramente con haber puesto de manifiesto la insostenibilidad de la tesis contraria. Consiste en suponer la convergencia de dos procesos dinámicos sobre un mismo punto del cerebro: la percepción distinta sería provocada por dos corrientes de sentido contrario, de las cuales una, centrípeta, vendría del objeto exterior y otra centrífuga, que tendría su punto de partida en el recuerdo puro. Reunidas estas dos corrientes formarían, en el punto donde se encuentran, la percepción distinta, conocida plenamente.

Así explicarían las dos partes de la contradicción: la unidad de funcionamiento, puesto que no hay más que un solo punto de convergencia, el mecanismo perceptivo propiamente dicho, y también la disociación patológica, puesto que al lado de este punto central se ponen en funcionamiento dos mecanismos distintos: los centros donde nacen las sensaciones elementales pueden ser accionados por delante y por detrás. Por delante reciben las impresiones de los órganos de los sentidos y por consiguiente de un objeto real; por detrás experimentan la influencia de un objeto virtual.

Llegamos así al final del segundo capítulo de «Materia y memoria» y por tanto del desarrollo y defensa de su tesis central. Decía Bergson al principio del capítulo con la precisión conceptual y la elegancia en el estilo que le son características: «Si nuestra hipótesis está bien fundada, las lesiones del reconocimiento no se deberían en absoluto a que los recuerdos ocupen la región afectada. Se deberían a dos causas: unas veces a que nuestro cuerpo ya no puede adoptar automáticamente, en presencia de la excitación venida de fuera, la actitud precisa mediante la cual se operaría una selección de nuestros recuerdos (reconocimiento automático), otras a que los recuerdos ya no encontrarían en el cuerpo un punto de aplicación, un medio de prolongarse en acción (reconocimiento atento)...pero tanto en uno como en otro caso lo lesionado son meramente movimientos...en ninguno de los dos habrá habido destrucción de recuerdos»<sup>20</sup>

### III. EL CAPÍTULO CUARTO: INTUICIÓN Y DURACIÓN

Ahora bien, decir que los recuerdos, la memoria inmaterial, se actualizan por su inserción en el esquema motor cuya sede es el cerebro nos lleva necesariamente a plantear el problema del dualismo, el problema de la relación del espíritu y la materia, el alma y el cuerpo. Bergson lo reconoce abiertamente y para resolverlo vuelve sobre el concepto central de su metafísica,

<sup>19</sup> *Ibíd.* P. 270-271.

<sup>20</sup> *Ibíd.* P. 252-253.

la duración, ya tratado en su primer libro «Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia», y el método que nos permite acceder a ella, la intuición. La idea central es reemplazar la diferencia entre el espíritu y la materia tal como la entiende lo que él llama el dualismo vulgar, por una diferencia de grado o tensión en el seno de una misma escala de realidad:

«El error del dualismo vulgar consiste en adoptar el punto de vista del espacio, en poner de un lado la materia con sus modificaciones en el espacio, del otro las sensaciones inextensas en la conciencia. De donde se sigue la imposibilidad de comprender cómo el espíritu actúa sobre el cuerpo y el cuerpo sobre el espíritu... pero las dificultades se atenúan en un dualismo que partiendo de la percepción pura donde sujeto y objeto coinciden empuja el desarrollo de ambos términos en sus duraciones respectivas».<sup>21</sup>

La duración es el tiempo real, verdadero, y la substancia misma de las cosas. Se diferencia y contraponen al tiempo del sentido común y el de la misma ciencia hecho de instantes independientes unos de otros como los puntos en el espacio. Como una multiplicidad de integración, cualitativa y heterogénea, frente a una multiplicidad de yuxtaposición, cuantitativa y homogénea:

«una sucesión de cambios cualitativos, que se funden, se penetran, sin contornos precisos, sin tendencia alguna a exteriorizarse en relación unos con otros».<sup>22</sup>

La contraposición espacio-duración constituye, en efecto, el punto central de la argumentación de Bergson en favor del dualismo. Considera correcta la descripción kantiana del espacio como una forma aislable de hecho y por tanto aplicable universalmente a todo contenido sensible, es decir, un acto del espíritu por el que se posibilita la percepción y se fundamenta la experiencia. Pero el acuerdo entre ambos filósofos termina aquí. Lo que Bergson reprocha a Kant no es su labor crítica sino el haberse quedado, por así decir, a mitad de camino, el no haber llegado a comprender la verdadera función del espacio. Insistentemente subraya que ésta es básicamente utilitaria y no propiamente especulativa, como Kant pretende:

«tal es la primera y más importante operación del espíritu: trazar divisiones en la continuidad de la extensión cediendo simplemente a las necesidades de la vida práctica. Mas para dividir así lo real, debemos persuadirnos en primer lugar de que lo real es arbitrariamente divisible. Consiguientemente debemos extender por debajo de la continuidad de las cualidades sensibles, en la que consiste la extensión concreta, una red de mallas indefinidamente deformables e infinitamente decrecientes: este substrato simplemente concebido, este esquema completamente ideal de la divisibilidad arbitraria e indefinida, es el espacio homogéneo».<sup>23</sup>

El espacio es, pues, una barrera instrumental que interponemos entre nosotros y la realidad al servicio de la praxis, de la acción. Al superarla, lo que se logra es un conocimiento intuitivo, es decir, inmediato, de dos unidades indivisas y continuas, espíritu y cuerpo, que entran en contacto en el acto de la percepción pura sin menoscabo de su distinción radical en función de la memoria:

«Si hay transición gradual de la idea a la imagen y de la imagen a la sensación, si, a medida que evoluciona así hacia lo actual, es decir, hacia la acción, el estado de alma

---

<sup>21</sup> *Ibid.* P. 354.

<sup>22</sup> «Essai sur les données immédiates de la conscience»... p. 70.

<sup>23</sup> «Matière et memoire. p. 344.

se acerca cada vez más a la extensión, si en fin, esta extensión una vez alcanzada permanece indivisa (es decir: no dividida según la infinita divisibilidad del espacio) y, en consecuencia, no muestra contradicción alguna con la unidad del alma, se comprenderá entonces que el espíritu pueda posarse sobre la materia en el acto de la percepción pura, unirse a ella por consiguiente sin menoscabo de su radical distinción. El espíritu se distingue de la materia en que es, incluso en esta circunstancia, memoria, es decir, síntesis del pasado y del presente en vista del futuro, en que contrae los momentos de esta materia para servirse de ella y manifestarse en acciones que son la razón de ser de su unión con el cuerpo».<sup>24</sup>

Esta labor de contracción ejercida por la memoria sobre una serie de actos de percepción pura, es decir, de contactos inmediatos con la materia, podría explicar la heterogeneidad de las cualidades sensibles, subjetivas, sin necesidad de establecer una cesura radical entre ellas y los cambios homogéneos objetivos en los que aquella consiste. Bergson, que ya en el primer capítulo había anticipado que:

«la memoria bajo sus dos formas, en tanto que recubre con una capa de recuerdos un fondo de percepción inmediata y en tanto también que contrae una multiplicidad de momentos, constituye el principal aporte de la conciencia individual en la percepción, el lado subjetivo de nuestro conocimiento de las cosas»,<sup>25</sup> precisa ahora: «¿Acaso no podríamos concebir... que la irreductibilidad de los colores que percibimos se debe sobre todo a la estrecha duración en que se contraen los trillones de vibraciones que ejecutan en un solo instante? Si pudiéramos distender esta duración, es decir, vivirla a un ritmo más lento, acaso no veríamos, a medida que este ritmo se ralentizara, palidecer los colores y extenderse en impresiones sucesivas, todavía coloreadas sin duda, pero cada vez más cerca de confundirse con meras vibraciones».<sup>26</sup>

No sólo habríamos superado así la contraposición entre espíritu y materia desde el punto de vista de la extensión, también desde el punto de vista de la cualidad, entendida como diferencia de intensidad o tensión en sus respectivas duraciones:

«Entre las cualidades sensibles contempladas en nuestra representación, y estas mismas cualidades tratadas como cambios calculables, sólo hay una diferencia de ritmos de duración, una diferencia de tensión interior. Así, por la idea de tensión hemos tratado de suprimir la oposición de la cualidad y la cantidad, de igual manera que por la idea de extensión (la extensión concreta, no el espacio homogéneo e infinitamente divisible), la de lo extenso (la materia) y lo inextenso (el espíritu)».<sup>27</sup>

Tras este breve, y sin duda muy insuficiente resumen, termino con un último texto tomado del ensayo «Introducción a la metafísica», posterior a la publicación de «Materia y Memoria», pero en perfecta continuidad con esta obra puesto que desarrolla y generaliza las dos nociones solidarias de intuición y duración de este capítulo cuarto y del resumen y conclusión subsiguientes:

«la intuición de nuestra duración... nos pondría en contacto con toda una continuidad de duraciones que debemos tratar de recorrer ya hacia abajo, ya hacia lo alto: en los

<sup>24</sup> Matière et memoire. P. 354.

<sup>25</sup> M. et. M p. 184.

<sup>26</sup> Ibid. P. 338.

<sup>27</sup> Ibid. 376.

dos casos podemos dilatarnos indefinidamente por un esfuerzo cada vez más violento, en los dos casos nos trascenderíamos a nosotros mismos. En el primero, marchamos hacia una duración cada vez más distendida, cuyas palpitaciones, más rápidas que las nuestras, dividiendo nuestra sensación simple, diluyen la cualidad en cantidad: en el límite estaría lo puramente homogéneo, la pura repetición por la que definiríamos la materialidad. Marchando en el otro sentido, nos dirigiríamos hacia una duración que se tensa, se intensifica cada vez más: en el límite eso sería la eternidad. (Primera y velada alusión de Bergson al tema de Dios) No ya la eternidad conceptual que es una eternidad de muerte, sino una eternidad de vida. Eternidad viviente y por consiguiente también moviente...Entre estos dos límites extremos se mueve la intuición, y este movimiento es la metafísica misma».<sup>28</sup>

---

<sup>28</sup> «Introduction à la métaphysique» Ensayo incluido en «La pensée et le mouvant». Oeuvres. P. 1419.